

«La salvación viene de los judíos»

A propósito del simposio sobre antijudaísmo en la Iglesia

José M.^a de Vera, SJ*

CUANDO se hizo público que sesenta expertos convocados por el Papa se reunirían en el Vaticano a finales de octubre pasado para examinar las raíces del antijudaísmo en la historia de la Iglesia, la sorpresa se apoderó de muchos. En vísperas del simposio (30 octubre-1 noviembre, 1997), la sorpresa cedió a las cábalas, expectativas y críticas. El dominico Georges Cottier, teólogo personal del Papa y uno de los organizadores del simposio, tuvo que salir al paso de los pronósticos exagerados y de las críticas acerbas. El simposio, repetía Cottier, no acabaría con un texto de arrepentimiento por las injusticias que los judíos sufrieron a manos de cristianos o de la Iglesia; tampoco trataría del Holocausto ni de la persecución semita. Se trataba de un estudio riguroso para llegar a las raíces religiosas que engendraron odio, desprecio y discriminación a lo largo de la

* Director del Servicio de Información de la Compañía de Jesús. Roma.

historia de la Iglesia, y que desembocaron en ese «capítulo doloroso» que menciona la carta apostólica *Tertio millennio adveniente* (n. 35). Un simposio, por tanto, de corte teológico, que no pretende excluir las consecuencias políticas pero que se centra en la búsqueda de las razones —o sinrazones— por las que el recuerdo bíblico de Abraham, «nuestro Padre en la fe», se interrumpe en el curso de la historia y se convierte en una condena religiosa de sus descendientes. ¿Qué azares teológicos nos llevaron a la oración del Viernes Santo cuando pedíamos por los «pérfidos judíos»? ¿Por qué tortuosas sendas hemos caminado para poder olvidar que Cristo, en cuyo nombre han sido perseguidos los judíos, era uno de ellos?

Examen de conciencia cristiano

EL examen de conciencia teológico-moral sobre este fenómeno, decía Cottier, sólo puede darse entre cristianos. Por eso, el simposio —que no era diálogo sino examen de conciencia— excluía en este primer momento a los no cristianos. El encargo recibido no era elaborar una declaración ni dar a luz un nuevo documento, sino poner en manos del Papa un informe que él pudiera usar como le pareciera oportuno, incluyendo la posibilidad de que le ayude a formular una manifestación pública y solemne de arrepentimiento en nombre de todos los cristianos.

La disputa sobre la diferencia entre antijudaísmo y antisemitismo entró en el mundo de los medios de comunicación de mano del veterano Indro Montanelli, que con su lúcido estilo concluía: «En resumidas cuentas: el antijudaísmo fue discriminatorio mientras que el antisemitismo fue verdugo». (*Corriere della Sera*, 25 noviembre). La versión de los participantes en el simposio era más matizada: «antijudaísmo», decía, «es el conjunto de prejuicios y afirmaciones seudoteológicas que han circulado durante mucho tiempo entre los cristianos, y han servido de pretexto a las injustificables vejaciones que ha sufrido el pueblo judío a lo largo de la historia». Vejaciones que provinieron de algunos santos (como San Ambrosio de Milán, en el siglo IV, que impidió la condena de cristianos que habían asolado una sinagoga), y de Papas (como Pablo IV en el siglo XVI, que encerró a los judíos en un gueto romano).

El simposio se celebró, consecuentemente, a puerta cerrada, aislado del vocerío de la plaza pública donde se discutía a voz en cuello si la Iglesia debería pedir perdón, o si Pío XII se amilanó ante el poder nazi, o si la encíclica sobre el racismo que Pío XI encargó a tres jesuitas se «perdió» en

los pasillos vaticanos o en los recovecos de la conciencia de algún eclesiástico...

Aunque el simposio sobre el antijudaísmo esté íntimamente ligado a la celebración del Gran Jubileo al que Juan Pablo II dedica, sacando fuerzas de flaqueza, su indomable energía, no puede considerarse exclusivamente como una muestra más de su creatividad. El Papa es el primero en recordar y citar la dramática declaración del Concilio Vaticano II que coronó los concertados esfuerzos de Juan XXIII y del cardenal jesuita Agustín Bea. Fue Juan XXIII quien, a cuenta propia, encargó al cardenal Bea un documento sobre los judíos que el diligente Bea tuvo dispuesto poco después, en 1962, en el contexto de una declaración sobre la actitud de los cristianos con respecto a los no cristianos, y en especial con los judíos. Los rumores que se extendieron entre los Padres del Concilio y el temor, fundado, de ofender a las naciones árabes con un texto de naturaleza religiosa pero con posibles lecturas políticas, hicieron que el borrador quedara, por el momento, trasapelado. Mientras que en la opinión de algunos obispos el Concilio debería dirigirse sólo a los cristianos sin entrar en asuntos de otras religiones, los obispos africanos y asiáticos insistían en incluir una mención del hinduismo, budismo, confucianismo e islamismo como religiones que contienen «semillas de la Verdad». El camino del decreto se hizo difícil pero, en frase de un cronista del Concilio, «la dulce terquedad» del cardenal Bea logró ponerlo delante de los Padres Conciliares para su votación el 28 de octubre de 1965: los votos afirmativos fueron 2.221 con sólo 88 negativos. La «Declaración sobre las Relaciones de la Iglesia con las Religiones no cristianas» (*Nostra Aetate*) marcó definitivamente un nuevo rumbo. La Iglesia aceptaba, sin gestos retóricos pero con sobria sinceridad, la responsabilidad por pasados entuertos antijudíos, aunque la expresión no fuera explícita.

El Vaticano II y el Papa actual

EN el breve texto de *Nostra Aetate* hay cuatro afirmaciones cardinales.

En primer lugar, la Iglesia reconoce su entronque espiritual con Abrahán, el padre del pueblo judío: «el pueblo del Nuevo Testamento está espiritualmente unido con la estirpe de Abrahán».

En segundo lugar, el Concilio no puede olvidar («la Iglesia tiene siempre ante sus ojos») la afirmación de Pablo: «de los judíos procede Cristo según la carne» (Rom 9, 4-5).

En tercer lugar, dando el paso más atrevido, exculpa al pueblo judío del delito de deicidio: «aunque las autoridades judías con sus seguidores reclamaron la muerte de Cristo, lo que se perpetró en su pasión no puede ser imputado indistintamente a todos los judíos que vivían entonces ni a los judíos de hoy».

Finalmente, la Iglesia «deplora los odios, las persecuciones y manifestaciones de antisemitismo de que han sido objeto los judíos de cualquier tiempo y por parte de cualquier persona».

Estas últimas palabras («por parte de cualquier persona») hicieron historia cuando Juan Pablo II, en aquella inaudita visita a la sinagoga de Roma el 13 de abril de 1986, después de haber citado el pasaje de la Declaración del Concilio, volvió a repetir con tono que no dejaba lugar a dudas: «por cualquier persona»... Inexorablemente la búsqueda de las responsabilidades históricas llegó a las puertas de la Iglesia. Porque dentro de ella se agazapa una anomalía, incomprensible sin remontar la historia y desempolvar viejos libros de teología. Los cristianos que tienen como piedra fundamental de su fe («la piedra que desecharon los arquitectos») a Jesús, de la estirpe de David; y que consideran a los Apóstoles, también judíos, como «cimiento y columnas de la Iglesia»; que no pueden ni deben «olvidar que han recibido la Revelación del Antiguo Testamento» (Vaticano II), han contribuido a sembrar «sentimientos de hostilidad hacia el pueblo judío» y, en cierto modo, han hecho posible la aberración del Holocausto. Juan Pablo II indica que la anomalía tiene su origen en «interpretaciones erróneas e injustas de algunos textos del Nuevo Testamento». Por eso puede explicarse que, cuando las persecuciones contra los judíos se desataron, la conducta de muchos cristianos «no fue lo que la humanidad tenía derecho a esperar de los discípulos de Cristo».

No puede ponerse en tela de juicio el peso que en este delicado problema ha tenido el interés personal de Juan Pablo II. Su amistad de juventud con muchachas y muchachos judíos que un renombrado escritor italiano, Gian Franco Svidercoschi, ha revivido en su libro «Cartas a un amigo judío: Juan Pablo y su amigo de infancia judío», su proximidad a las víctimas de la persecución nazi, y los contactos mantenidos durante su pontificado con personajes clave en la vida religiosa y política de Israel, han añadido a la dimensión teológico-pastoral una vibración afectiva. Svidercoschi habla de «las raíces judías de Karol Wojtyła». Pero el dramático simposio de octubre hay que situarlo dentro del proceso que el Vaticano II puso en marcha y que continuó en los años siguientes: las *Orientaciones para el contacto religioso con el judaísmo* (Denver, 1974) y las *Notas para una correcta presentación de los judíos y el*

judáismo en la predicación y la catequesis de la Iglesia Católica (Roma, junio 1985).

El informe que los miembros del simposio han entregado, sigilosamente, al Papa cae sobre un terreno cuidadosamente preparado, y es la maduración de esfuerzos acumulados. Lluve sobre mojado. No hay duda de que, si la Iglesia entona el «*mea culpa*», los judíos se sentirán parcialmente reivindicados. Pero aún queda pendiente una pregunta que atormenta a muchos: después de esto, ¿qué?

Las futuras relaciones judeo-cristianas

NO creo que nadie se atreva a aventurar el futuro de las relaciones entre judíos y cristianos. Tendremos que dejarlo a las generaciones que nos sucedan. Pero es nuestro deber legarles la certeza de que el Espíritu impulsó a la Iglesia, en la última década del siglo XX, a este examen de conciencia. Un examen de conciencia que no debe ser instrumentalizado en favor de otros fines por nobles que puedan parecer. Un examen sin hipotecas que no pretenda más que «la purificación de la memoria histórica de los cristianos».

Parte del prejuicio que padecemos es creer que todos los judíos están frontalmente opuestos al Cristianismo. Sin dar cabida al espejismo de una solución total a la diversidad de nuestra fe, no puede pasarse por alto el genuino interés, por parte judía, de acercarse al Cristianismo de un modo más objetivo. En 1975, en el catálogo de la Biblioteca del Congreso de EE.UU. se podían contar hasta 66 libros bajo el título «Jesucristo-Interpretaciones Judías». Joseph Sievers hace un balance sobrio de la situación y quizá hable en nombre de muchos judíos cuando dice: «tal vez hayamos llegado a un punto en el que podamos afirmar con convicción que Jesús de Nazaret pertenece a judíos y cristianos. Pero el juicio teológico sobre quién sea Él, naturalmente, continúa siendo el factor que nos divide».

La historia y la debilidad humana han levantado entre las dos comunidades religiosas —judíos y cristianos— un muro hecho de hostilidad y rechazo. La Iglesia del siglo XX se siente llamada a un examen de conciencia: a purificar nuestra memoria, colectiva e individual: nuestros prejuicios, nuestra lectura de la Biblia, nuestra imagería, nuestras bromas e incluso nuestro vocabulario. Dios, «cuyos dones y vocación son irreversibles» (Rom 11, 28), que no reniega de sus pactos, hizo del pueblo judío el portador de su

Palabra y sus promesas. Elección misteriosa, más allá de nuestra capacidad para comprenderlo o justificarlo. De este tronco del árbol elegido surgió el redentor del mundo, descendiente de David, judío entre los judíos. Al conmemorar su venida al mundo hace dos mil años, los cristianos de todo el mundo estamos convocados por la Iglesia a purificar la memoria; a taladrar la historia hasta llegar a las fuentes oscuras de donde manaron las turbias aguas de nuestra animosidad y reconocer que «en verdad la salvación vino de los judíos».